

que tiene el coraje de eliminarlas y sabe del contentamiento de las «cuatro Nadas» que Dios le otorga. Y al decir «gaucho» no me limito al hombre así denominado en una sola parte de América, sino a su correspondiente entre los pobladores de todo el continente. Hombre en constante lucha con la Naturaleza inmensa y áspera que lo hace consciente de su valor, su coraje y su capacidad de triunfo: el hombre ante el horizonte y ante sí mismo, allí donde no caben engaños ni compromisos y donde la verdad reina en toda su pura magnitud. El hombre ante la soledad, la infinita soledad del espacio y el tiempo, donde al lapso de vida de bestia y hombre se pierde en lo efímero y accidental de un escalofrío.

¡Vida y muerte, muerte y vida, transubstanciadas en un potente abrazo de unificación! Todo esto nos ofrece Juan Marín en sus catorce cuentos que, aunque situados en los cuatro Puntos Cardinales de esta Tierra nuestra, sólo los pudo sentir tan hondo un Americano que supo lo que es luchar con los elementos desencadenados en sus furias indómitas: no solo los elementos de la Naturaleza física, sino los misteriosos y ocultos elementos del alma en lucha por llegar de nuevo a su natural y olvidada condición divina.—

ADELINA DEL CARRIL DE CUIRALDES.



«FOLÍAS» de Juan Tinoco

Hace unos años, en Chile, cuando dictábamos cátedra de Historia de la Medicina en la Universidad de Chile, recibimos un día un libro extraño y admirable: «La Sombra del Centauro». Su autor, el Dr. Juan

Tinoco, venezolano. Revelaba aquel libro una cultura tan excepcional y una maestría del idioma tan poco común entre los hombres consagrados a las prácticas de Hipócrates, que quedamos por mucho tiempo sorprendidos con nuestro hallazgo. «La Sombra del Centauro» era un libro de Historia de la Medicina, escrita en gran estilo y todo por alto; su autor la califica modestamente de «ensayo», pero nosotros pensamos que era mucho más que un simple ensayo y así lo expresamos en nota bibliográfica publicada en diarios chilenos de la época. Varios años después, un nuevo libro del Dr. Tinoco nos alcanzaba en las remotas y multitudinarias playas de China: «Caminos Sobrehumanos», colección de «ensayos» según el autor, pero ensayos de la estirpe de los de Macaulay, Montaigne, Ortega y Gasset o Aldous Huxley: el tema filosófico, el mito, la leyenda, el motivo histórico, todo ello vestido en un lenguaje de musicalidad y flexura indescriptibles.

Sigue fluyendo el tiempo en su perenne y dialéctico fluir, loado por Lao-Tszé en su «Tao Teh-King» y cantado en el excelso «Baghavat-Gita»: el Destino nos empuja a través del ancho mundo, de las ciudades Mayas al Valle del Nilo, de las pagodas indochinas a las ruinas solares de Syria o a los puertos de El Líbano, hasta venir a depositarnos en el corazón de la India misteriosa y ebullente, al pie del Fuerte Rojo y del erecto Kutub-Minar. Y he aquí que, inesperadamente, un día el correo nos trae un nuevo envío de Juan Tinoco: «Folías», poemas, prologados por Luis de Oteíza y llevando por subtítulo: «Breviario de descreídos» y como epígrafe esta sentencia de Hipólito Taine: «A proprement parler, l'homme est fou». Difícil resulta definir o catalogar este libro, como todos

pudren las apagadas estrellas. Sólo cierta humedad de los cabellos y en los lagrimales violetas, por el juego de su brillo, nos hace jurar que se ha movido... En su cabellera desatada, no logra la muerte matar todo lo vivo.

Su cabeza abandonada cae y gravita tanto como la tierra. Todo el bulto se le desploma más allá de su forma. Pesa y pesa, porque no encuentra ya un amante brazo que lo sostenga.

Con la mortaja ovillada como un albo lino, no es más que un trazo horizontal, para dejarlo grabado en la cuenca de una piedra y taparlo con una lápida de viento.

¿Azrael, ángel de los muertos, tú que viviste siempre dentro de él, cuando salgas volando como una crisálida, a quién arrancarás del celeste vacío de su cuerpo? ¿A él mismo o a otro muerto?

SILABARIO DE LOS ANCIANOS

Al andar sin oír y con sus pensativas manos de ciego, vas aprendiendo a no despertar de ningún sueño.

El encorvarte a tientas hacia la tierra, no es más que para buscar un pozo con cielo, como hace la vara de cerezo.

Tu hambre de la mañana, algo semejante al que pide alimentos, sabiendo que se sacia también con agua.

Para tu desvelo de ojos sin párpados, el día y la noche, una sola cosa, como sería tal vez la eternidad.

Y ya que posees toda la sabiduría: olvídalas.

Como has repetido todas las palabras, cállate, para que las digan los demás.

CARLOS QUINTO

Claustromancia fuese, tal vez,
el mal de este nauta a caballo,
que, del globo en la redondez,
no para el compás ni el arnés,
para parar en claustro y sayo.

OVIDIO

Su «Arte de Amar», a la de Augusto
lúbrica Julia, la hizo encinta.
Un gusto real. Un real disgusto.
Le envían a Escitia. Y, del susto,
escribe «Las Tristes», sin tinta.

Y así, siempre renovado, siempre agudo, sorpresivo, incansable nos lleva Tinoco a través de todos los grandes de la Historia del mundo, de la literatura y el arte. Son como los «microgramas» del ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, con menos poesía pero con más intelecto: como que Carrera es poeta y Tinoco es ensayista. Pero, al final del libro, y como si se hubiera hastiado de jugar con sí mismo—lo que los hindúes llamarían un «Lila» literario—el Dr. Tinoco inserta cuatro poemas magníficos: «En Verde», «En Rojo», «En Gris» y «Salutación al Buho». El primero de ellos viene dedicado a nosotros, con un calificativo de *chileno universal* que mucho le agradecemos pero que, evidentemente, no merecemos. Pues, universal es el autor de este libro que enseña entreteniendo, que deleita instruyendo, que satisface plenamente como obra de arte y como ensayo medular y nutri-

cio. A él pudieran aplicarse los tercetos finales de su «Salutación al Buho», cuando dice:

«Del ultramundo intuyes las uestorias historias.
Te mofas de las rosas, el sol, la tempranera
alondra. Vanas, vanas morganas ilusorias.
Y persignado con la señal de la hoz,
palpas la rama intactil; oyes la voz sin voz.
Y el secreto sorprendes de la tiniebla huera».

JUAN MARÍN.—New Delhi, noviembre, 1950.



«LOS HOMBRES DEL HOMBRE», de Eduardo Barrios

Después de haber dado vuelta la última página del libro, nos queda la impresión sana, limpia, tranquila, de haber leído una obra maestra. Así, sin términos medios. Puede ser que la frase aparezca rotunda, vertical. Pero, antes que nada, es la verdad personal. Eduardo Barrios ha conseguido, con «Los hombres del hombre», escalar un peldaño más en el camino siempre ascendente de su trayectoria en la literatura nacional, que empezó con aquella pequeña peromovedora novela sentimental que se titula «El niño que enloqueció de amor».

Después del clamoroso triunfo de crítica y librería obtenido con «Gran señor y rajadiablos», en la que nos describe algunos pintorescos aspectos de la vida rural en las cercanías de la provincia de Santiago, Eduardo Barrios se supera notablemente, volviendo al depurado y trémulo estilo de aquella otra gran novela que permanece como una joya de la literatura chilena: «El hermano asno».